

Artículo de Opinión.

“¿Por qué quienes son explotados terminan defendiendo el sistema que los explota?”

Opinion Article.

“Why do those who are exploited end up defending the system that exploits them?”

Zaleth Bravo Bravo

zalleth.bravo@ulatina.net

Universidad Latina de Costa Rica

Costa Rica

2026

Resumen.

El texto analiza la paradoja de que sectores de la clase media y baja, a pesar de ser los más afectados por la desigualdad, suelen defender el sistema que la produce y plantea que esta situación no es accidental, sino resultado de narrativas e ideas que moldean la percepción social, como la creencia de que el progreso actual es producto del sistema. Frente a esto, se argumenta que los avances históricos en derechos y condiciones de vida no fueron concesiones de las élites, sino conquistas logradas mediante presión social y conflicto político.

Además, se señala que la democracia y el capitalismo contemporáneos han perdido parte de su significado, funcionando en muchos casos como estructuras que limitan la participación real y reproducen desigualdades. A pesar de ello, estos sistemas se mantienen legítimos gracias a discursos como la meritocracia, el miedo al cambio y la idea de que no existen alternativas viables. Ejemplos como Estados Unidos y Costa Rica muestran cómo los logros democráticos pueden coexistir con nuevas desigualdades y con una resistencia a cuestionar el sistema.

En última instancia, el texto sostiene que la mayor fortaleza del sistema radica en su capacidad de presentarse como natural e inevitable, dificultando que las personas imaginen formas distintas de organización social y política.

Palabras clave: Desigualdad Social, Democracia, Capitalismo, Progreso Social.

Abstract.

The text examines the paradox that middle and lower classes, despite being most affected by inequality, often defend the system that produces it. It argues that this is not accidental, but shaped by narratives that influence social perception, such as the belief that current progress is a result of the system itself. The author contends that many historical advancements in rights and living conditions were not granted by elites, but achieved through social struggle and political pressure.

At the same time, it suggests that contemporary democracy and capitalism have lost part of their original meaning, often limiting real participation and reinforcing inequality. Nevertheless, these systems remain legitimate through narratives like meritocracy, fear of change, and the idea that no viable alternatives exist. Examples such as the United States and Costa Rica illustrate how democratic achievements can coexist with growing inequalities and resistance to structural critique.

Ultimately, the text argues that the system's greatest strength lies in its ability to present itself as natural and inevitable, making it difficult for people to imagine alternative forms of social and political organization.

Keywords: Social Inequality, Democracy, Capitalism, Social Progress.

Contexto.

En las últimas décadas, tanto en América Latina como en otras regiones del mundo, se ha intensificado el debate sobre la persistencia de la desigualdad en sociedades formalmente democráticas. A pesar de avances visibles en indicadores como acceso a servicios, expansión de derechos y crecimiento económico, amplios sectores de la población continúan enfrentando condiciones de precariedad, desigualdad estructural y limitadas oportunidades de movilidad social.

Sin embargo, junto a estas críticas convive un fenómeno aparentemente contradictorio, pues sectores que experimentan de manera directa estas desigualdades suelen defender el sistema vigente o, al menos, percibirlo como el único marco posible de organización social. Este fenómeno ha sido ampliamente discutido en la teoría social y política, particularmente desde enfoques que analizan el papel de la ideología, la construcción de consenso y la internalización de ciertas narrativas, como la meritocracia o la idea de progreso continuo.

Históricamente, muchos de los derechos y mejoras en las condiciones de vida no surgieron de manera espontánea dentro del sistema, sino que fueron el resultado de procesos

de lucha social, negociación y conflicto político. No obstante, en el debate contemporáneo, estos avances suelen presentarse como logros inherentes al modelo democrático-capitalista, lo que contribuye a reforzar su legitimidad y a limitar la reflexión crítica sobre sus contradicciones.

En este contexto, el presente análisis se centra en examinar las tensiones entre progreso, desigualdad y legitimación del sistema, poniendo especial énfasis en el papel de las narrativas ideológicas que influyen en la percepción social. Si bien el enfoque es general, se incluyen referencias a casos específicos como Estados Unidos y Costa Rica para ilustrar cómo estos procesos se manifiestan en realidades concretas.

La relevancia de este tema para la discusión pública y académica radica en que cuestiona no sólo las condiciones materiales de las sociedades actuales, sino también las formas en que estas son interpretadas y justificadas. Comprender por qué amplios sectores sociales sostienen sistemas que los desfavorecen resulta fundamental para abrir espacios de reflexión crítica y para repensar las posibilidades de transformación social en el presente.

Introducción.

En América Latina y en buena parte del mundo persiste una paradoja política y social difícil de ignorar y es que, amplios sectores de la clase media y baja, quienes experimentan de forma más directa las desigualdades del sistema, suelen convertirse en sus principales defensores. Esta aparente contradicción no es casual ni irracional, sino que responde a un conjunto de mecanismos ideológicos, históricos y materiales que moldean la percepción de la realidad.

Uno de los pilares de esta situación es la de la idea ampliamente extendida de que “estamos mejor que antes”, y aún más, que ese supuesto progreso es gracias al sistema vigente. Este argumento funciona como una especie de relato estabilizador pues legitima el orden actual al compararlo con un pasado peor. Sin embargo, esta narrativa omite una pregunta fundamental, ¿estamos mejor pero gracias a que o más bien, gracias a quien?

1. El Mito del Progreso Concedido.

La mejora en condiciones de vida, llámese derechos laborales, libertades civiles, acceso a servicios básicos o incluso ciertos “lujos”, suelen atribuirse al funcionamiento natural del sistema democrático y capitalista. Pero un examen histórico más riguroso muestra lo contrario,

pues gran parte de esos avances no fueron otorgados espontáneamente por las elites, sino conquistados a través de presión social y conflicto político.

El antropólogo David Graeber plantea que la historia de lo que hoy llamamos “democracia” o “modernidad” no es la evolución lineal de instituciones benevolentes, sino el resultado de luchas constantes de las mayorías por arrancar derechos al poder. Bajo esta óptica, el progreso no es un regalo del sistema, sino un límite que el sistema se ve obligado a aceptar ante la presión social (Graeber, 2011).

Este cuestionamiento debilita una de las creencias más arraigadas, que las libertades actuales son producto de la bondad o sabiduría de los gobernantes o personas con poder. Cuando más bien, son el resultado de una tensión permanente entre poder y sociedad.

2. Democracia y capitalismo: ¿formas o simulaciones?

El problema se agrava cuando se analiza la naturaleza misma de los sistemas que organizan nuestras sociedades. Formalmente vivimos en democracias y economías capitalistas, pero en la práctica estos conceptos han sido vaciados de su significado más profundo.

La democracia idealmente entendida como el poder real del pueblo, ha derivado en muchos casos en un sistema donde el acceso al poder político está mediado por recursos económicos, influencias y redes de interés. Esto reduce la participación ciudadana a un ejercicio limitado, principalmente electoral, mientras que decisiones clave se toman en espacios donde la ciudadanía tiene poca o nula incidencia.

Por su parte, el capitalismo contemporáneo lejos de fomentar la competencia justa, tiende a concentrar riqueza y poder. En lugar de nivelar el campo de juego, reproduce y amplifica desigualdades estructurales, limitando la movilidad social y consolidando privilegios.

Antonio Gramsci explicaba que el poder no se sostiene únicamente por la fuerza, sino por la capacidad de construir consenso. Cuando las personas empiezan a percibir el sistema como natural, inevitable o incluso justo, la dominación deja de sentirse como tal (Gramsci, 1971). Aún así, estos sistemas mantienen legitimidad porque logran instalar la idea de que no hay alternativa viable o de que cualquier crítica llevaría al caos o al retroceso.

3. El caso histórico de Estados Unidos: una democracia construida desde abajo.

Incluso en el ejemplo paradigmático de democracia moderna, o sea, Estados Unidos, ilustra esta dinámica en La Declaración de Independencia de 1776, donde se proclamaban principios de libertad e igualdad pero no garantizaba derechos concretos como la libertad de expresión, de reunión o del debido proceso.

Muchos de los llamados “padres fundadores” desconfiaban profundamente del poder popular, no fue sino hasta la aprobación de la Carta de Derechos o Bill of Rights, en 1791 y como una respuesta a la presión social y al temor de abusos de poder, que se incorporaron estas garantías fundamentales.

David Graeber lo planteaba con una claridad incómoda, él menciona que la historia de la democracia no es la historia de instituciones sabias que otorgan derechos, sino la historia de pueblos que obligan al poder a cederlos. Nada de lo que hoy entendemos como libertades fundamentales fue concebido como un regalo, más bien fue el resultado de presión, conflicto y, en muchos casos, desobediencia (Graeber, 2013).

Esto deja una lección clave, y es que los derechos humanos nunca fueron concedidos voluntariamente por las elites, sino conquistados por la insistencia y la organización de la población. El poder, históricamente, no cede si no se le obliga a hacerlo.

4. ¿Por qué entonces se defiende el sistema?

Si el sistema no ha sido el principal motor del progreso, ¿por qué tantas personas lo defienden?

Parte de la respuesta a esta es la construcción de narrativas que moldean la percepción. El discurso de la meritocracia, por ejemplo, sugiere que el éxito depende únicamente del esfuerzo individual, invisibilizando las condiciones estructurales. Esto genera una identificación aspiracional con el sistema porque incluso quienes están en desventaja creen que pueden beneficiarse de él en el futuro.

Michel Foucault iría aún más lejos, diría que el poder más eficaz no es el que reprime desde fuera, sino el que se internaliza. Las personas no necesitan ser obligadas a obedecer, terminan organizando sus propias expectativas, deseos y comportamientos de acuerdo con las reglas del sistema (Foucault, 1978).

A esto se suma el miedo al cambio. En contextos de incertidumbre, el status quo puede percibirse como la opción más segura, incluso si es injusto. La comparación con realidades más precarias, sean reales o exageradas, también refuerza la idea de que el sistema actual, con todos sus defectos, es preferible.

5. Un ejemplo regional: entre estabilidad y desigualdad.

Costa Rica ofrece un caso interesante para este análisis. Es reconocida internacionalmente por su estabilidad democrática, su estado social de derecho y su ausencia de ejército. Sin embargo, en las últimas décadas ha experimentado un aumento en la desigualdad y el costo de vida, así como tensiones fiscales y sociales.

A pesar de estas problemáticas, existe un fuerte discurso de excepcionalidad con un slogan de “somos la democracia más estable de la región” que tiende a minimizar o relativizar las críticas estructurales. Muchos sectores defienden el modelo actual apelando a logros históricos, sin cuestionarse si las condiciones presentes requieren transformaciones más profundas.

Como plantea Slavoj Žižek, el problema no es que las personas no vean las contradicciones del sistema. Muchas las ven perfectamente, pero continúan actuando como si no importaran. La ideología ya no consiste en ocultar la realidad, sino en hacerla tolerable (Žižek, 1989). Esta situación refleja la lógica descrita anteriormente, el reconocimiento de avances reales convive con la resistencia a cuestionar los mecanismos que producen nuevas desigualdades.

Conclusión: El miedo a la democracia real.

Paradójicamente, lo que más inquieta a las élites no es la estabilidad del sistema sino la posibilidad de que la democracia se ejerza en su sentido pleno, y que exista una ciudadanía organizada, crítica y capaz de exigir cambios sustanciales. Entender que los derechos no son concesiones sino conquistas implica también reconocer que pueden perderse si no se defienden activamente y la historia demuestra que el progreso no ha sido lineal ni garantizado.

Mark Fisher denominó este fenómeno “realismo capitalista”, que es más o menos la sensación generalizada de que no existe alternativa al sistema actual, en ese contexto, incluso quienes lo sufren terminan defendiéndolo, no porque lo consideren justo, sino porque no logran imaginar algo distinto (Fisher, 2009).

Así, la pregunta no es solo por que las clases medias y bajas defienden un sistema que las perjudica, sino como transformar esa conciencia para que el reconocimiento del pasado no se convierta en un obstáculo para imaginar un futuro diferente. La mayor victoria del sistema no es la desigualdad que produce, sino la capacidad de hacer que esa desigualdad parezca natural, inevitable e incluso justificable. Porque, como muestra la historia, los sistemas no cambian cuando funcionan sin fricción, sino cuando dejan de ser creídos.

Referencias bibliográficas:

Fisher, M. (2009). Capitalist realism: Is there no alternative? Zero Books. Recuperado de:

https://files.libcom.org/files/Capitalist%20Realism_%20Is%20There%20No%20Alternat%20-%20Mark%20Fisher.pdf

Foucault, M. (1977). Discipline and punish: The birth of the prison. Pantheon Books. Recuperado de: <https://archive.org/details/disciplinepunish0000fouc>

Foucault, M. (1978). The history of sexuality: Volume 1. Pantheon Books. Recuperado de:

https://www.uib.no/sites/w3.uib.no/files/attachments/foucaulthistory_of_sexualityvol1.pdf

Graeber, D. (2011). Debt: The first 5,000 years. Melville House. Recuperado de: <https://archive.org/details/debtfirst5000yea0000grae>

Graeber, D. (2013). The democracy project: A history, a crisis, a movement. Spiegel & Grau. Recuperado de: https://archive.org/details/isbn_9780812993561/page/n5/mode/2up?

Gramsci, A. (1971). Selections from the prison notebooks. International Publishers. Recuperado de:

<https://archive.org/details/AntonioGramsciSelectionsFromThePrisonNotebooks>

Žižek, S. (1989). The sublime object of ideology. Verso. Recuperado de: <https://archive.org/details/sublimeobjectofi0000ieks>